

# 16

## Cuadernos del Centro de Pensamiento

### ORÍGENES DE LA GUERRILLA

Segunda parte:  
1920-1930

Marzo de 2016



UNIVERSIDAD  
SERGIO ARBOLEDA

CENTRO  
DE PENSAMIENTO

# **CUADERNOS DEL CENTRO DE PENSAMIENTO No. 16**

---

**ORÍGENES DE LA GUERRILLA**  
**Segunda parte: 1920-1930**



**UNIVERSIDAD  
SERGIO ARBOLEDA**

**C E N T R O  
DE PENSAMIENTO**

**UNIVERSIDAD SERGIO ARBOLEDA**  
CUADERNOS DEL CENTRO DE PENSAMIENTO 16

ORÍGENES DE LA GUERRILLA  
Segunda parte: 1920-1930

©Hernando Correa Peraza

Edición: marzo de 2016.  
Queda prohibida toda reproducción por cualquier medio  
sin previa autorización escrita del editor.

Edición realizada por el Fondo de Publicaciones.  
Universidad Sergio Arboleda.  
Carrera 15 No. 74-40.  
Teléfonos: (571) 325 7500, ext. 2131. Fax: (571) 317 7529.  
[www.usergioarboleda.edu.co](http://www.usergioarboleda.edu.co)

DIRECTOR EDITORIAL  
Jaime Barahona Caicedo  
[jaime.barahona@usa.edu.co](mailto:jaime.barahona@usa.edu.co)  
Teléfono: (571) 325 75 00

REVISIÓN DE PRUEBAS  
Ludwing Cepeda A.

DIAGRAMACIÓN  
Fondo de Publicaciones.  
Universidad Sergio Arboleda

DISEÑO CARÁTULA  
Adriana Torres

IMPRESIÓN  
Grafí-Impacto, Bogotá, D. C.  
ISSN: 2346-4313

## Contenido

|  |    |
|--|----|
| MARCO FIDEL SUÁREZ.....                                  | 5  |
| PUESTA EN ESCENA .....                                   | 9  |
| PODEROSA ARMA OBRERA: LA HUELGA .....                    | 15 |
| NACIMIENTO Y MUERTE DEL PARTIDO SOCIALISTA, PS .....     | 21 |
| FUNDACIÓN DEL PARTIDO SOCIALISTA<br>REVOLUCIONARIO ..... | 29 |
| ORO NEGRO.....   | 35 |
| ESTRATEGIA INSURRECCIONAL SOCIALISTA .....               | 39 |
| LA ESTRATEGIA DE CONTENCIÓN CONSERVADORA.....            | 43 |
| EN LOS CUARTELES.....                                    | 51 |
| DE RUSIA PERO NO CON AMOR .....                          | 57 |
| LAS BANANERAS .....                                      | 61 |
| BIBLIOGRAFÍA.....  | 69 |



## MARCO FIDEL SUÁREZ

En plena vigencia de la “paz conservadora”, y con el irrestricto apoyo de la Iglesia católica, llegó al poder don Marco Fidel Suárez, el penúltimo presidente-gramático que gobernó a Colombia. De acuerdo con la Constitución, su mandato abarcaría el período 1918-1922. Pero no ocurrió así.

No fue muy católica la manera como la Iglesia se comprometió con la candidatura de su exseminarista. Para descalificar a su rival, el poeta Guillermo Valencia, muchos señores curas párrocos no titubearon en calificar de vocero de la masonería al autor de Anarkos. Ya con anterioridad a la campaña, el señor obispo de Pamplona había ordenado negar la absolución “como a indigno” a quien no estuviera en el redil del señor Suárez (Melo, p. 234).

Con agudo olfato político, el presidente-gramático, don Marco Fidel Suárez, comenzó a husmear un raro ambiente, extraño al modo de ser de los colombianos. Nisus propios copartidarios, entendieron las advertencias que él hizo al respecto.

Ese período de paz iniciado con el gobierno del general Rafael Reyes que, sin solución de continuidad, prosiguió hasta el mandato del señor Suárez y terminaría al finalizar el período de Miguel Abadía Méndez merece, sin embargo, ser tomado con beneficio de inventario.

Durante él se intentó asesinar al mismísimo presidente Rafael Reyes en “Barrocolorado” (hoy Universidad Javeriana) y los frustrados asesinos fueron fusilados; los peruanos atacaron la base colombiana de La Pedrera, en el Amazonas; a un costado del Capitolio Nacional fue asesinado el general y jefe liberal Rafael Uribe Uribe, pero sus asesinos, años más tarde, escaparían de la cárcel durante la conocida revuelta del 9 de abril; se levantó en armas y atacó la localidad de Inzá el líder indígena Quintín Lame; estalló una sangrienta insurrección de refugiados venezolanos quienes intentaron crear la República de Arauca; aconteció la sangrienta “huelga de los sastres” con sus respectivos muertos en las calles de Bogotá; bajo presión alemana, fueron clausuradas las estaciones de telegrafía inalámbrica de San Andrés y Cartagena, salvándose la correspondiente de Santa Marta por ser propiedad de la firma norteamericana United Fruit Company; se produjo la conocida huelga de las bananeras; y murió un estudiante durante una huelga de trabajadores del tranvía en la capital.

Con todo lo anterior, el inconcluso período de don Marco se constituyó en crucial para conocer la génesis de la violencia que azotó al país durante casi todo el siglo XX, extendiéndose ya a parte del XXI.

En un ambiente político sumamente caldeado a causa de la pérdida de Panamá y el correspondiente protagonismo norteamericano en esa mutilación geográfica, el presidente Suárez, en una muestra de pragmatismo pero con ceguera política, planteó su famosa consigna: "Hay que mirar al norte" (réspice polum). Don Marco tenía muy claro que los recursos que el país necesitaba con urgencia para su desarrollo había que buscarlos en los Estados Unidos.

El planteamiento produjo una curiosa y contradictoria situación política: la derecha conservadora nada quería saber de los Estados Unidos por aquello del canal (*I took Panama*); y la extrema izquierda, aupada por el naciente socialismo revolucionario, pero con opuestas intenciones, también execraba al poderoso país norteamericano. En otras palabras, los extremos se habían juntado.

¿Resultado? Con la bandera antiyanqui, el socialismo preparaba una insurrección que debería comenzar por derribar del poder al conservatismo; este, por su lado, también antinorteamericano por causa del *big stick* (Teodoro Roosevelt), iba a tener que defenderse de la antiyanqui izquierda.

Nacieron así dos estrategias: la insurreccional socialista y la preventiva conservadora. Quien advirtió el peligro fue el propio presidente Suárez, aunque no pudo liderar estrategia alguna para enfrentar la insurrección socialista por estar defendiéndose de los terribles ataques de sus propios copartidarios por el delito de haber vendido sus sueldos por adelantado.



Con el correr de los años, se ha venido a saber que, al enajenar sus sueldos, lo que el presidente Suárez buscaba era reunir dinero para poder pagar el traslado a Colombia del cadáver de su hijo quien había fallecido en Nueva York. Y que ello se filtró gracias a que Alfonso López Pumarejo, gerente del banco Mercantil Americano, a quien Suárez, al comenzar su gobierno, había designado como ministro, violó la reserva bancaria. López desmintió la acusación diciendo que solo se trataba de un simple préstamo que no ameritaba soberano escándalo.

## PUESTA EN ESCENA

Dos situaciones de carácter histórico sacudían al mundo, apenas iniciado el período presidencial del antioqueño Marco Fidel Suárez: el fin de la “Gran Guerra” y el triunfo en Rusia de la Revolución bolchevique, también conocida como la Revolución de Octubre que para nuestro calendario, tampoco fue en octubre.

Si bien Colombia mantuvo su neutralidad durante la Primera Guerra mundial, no pudo ser inmune a lo acontecido en la gran Rusia. Es que, como fantasma que era, el comunismo comenzaba a recorrer el mundo.

Que Colombia estuviera a miles y miles de kilómetros del Palacio de Invierno y de la Plaza Roja no quería decir mucho para las irrefrenables ansias del comunismo en su voraz pero irracional afán de dominar al mundo.

Por el contrario, la posición geográfica hacía de este país el centro de gravedad por definición para expandir las teorías de Marx por el Nuevo Mundo con intención de bloquear, por el patio de atrás, a los Estrados Unidos, ya en ese entonces sede por antonomasia del odiado capitalismo.

¿Era Colombia tierra abonada o estéril para las nuevas doctrinas? Algunos acontecimientos podrían ser reveladores de la situación.

A partir del también inconcluso mandato de general Rafael Reyes, el país incursionó con fuerza en el mundo de la modernidad, intentando reconstruir al país de la postración nacional que dejó la guerra de los Mil Días, no el último pero sí mortal aletazo de la defenestrada Constitución de Rionegro.

La instalación del alumbrado eléctrico en las calles, impresionante salto a la modernidad por esa época, era motivo para que las gentes se arremolinaran por la noche en las esquinas para admirar ese brillante fenómeno de la electricidad.

Durante el mandato de Marco Fidel Suárez el país pasó no virtual sino realmente de la mula al avión. Así fue de fantástico el salto que se dio con la inauguración de la aviación comercial, la segunda en su género en el mundo en ese momento.

Ni se diga la conmoción que produjo ver rodar por las aún empedradas calles capitalinas tranvías movidos también por electricidad. Ni para qué revivir la conmoción ciudadana cuando en la capital apareció un aparato de radio. El mismo presidente de la república –en este caso Pedro Nel Ospina– invitaría a sus amigos para que los domingos, de rigurosa etiqueta, se sentaran a escuchar lo que transmitía ese fenomenal aparato.

La llegada al país de la Misión Kemmerer y la consiguiente creación del Banco de la República, le dieron respiración boca a boca a la moribunda economía colombiana.

Haciendo abstracción de lo anecdótico el alumbrado público, la aparición del tranvía, el vuelo de las primeras aeronaves, las aún incomprensibles emisiones de radio, pero en especial el nacimiento del Banco de la República, se constituyeron en las más sobresalientes manifestaciones externas de que el país, cosechando de la paz conservadora, había entrado en el proceso de desarrollo.

Aunque de manera desigual, a Colombia por esta época comenzaba a llegar maquinaria nueva para la producción fabril con la cual se modernizaron desde trilladoras de café hasta los telares, para citar apenas dos ejemplos.

Se disparó la construcción de carreteras y el tendido de rieles para ferrocarril aunque la primacía en materia de comunicaciones la tenía el río Magdalena, arteria fluvial que sería esencial en los acontecimientos implícitos en el desarrollo nacional.

Para competirle a los tradicionales ingresos cafeteros comenzó también a crecer, con toda su ardiente fuerza, la industria del petróleo del que tanto se hablará durante los siguientes 100 años.

Y de contera al país le llegaron los 25 millones de dólares que Estados Unidos le pagó a Colombia como "indemnización" por la pérdida de Panamá. Ese dinero doblaba al presupuesto nacional del momento.

Se inició así un período clave y posiblemente el más importante para la vida política, económica y social de Colombia. Pues, irónicamente, con el desarrollo económico se agudizaron los problemas sociales.

Paralelo al aún incipiente desarrollo industrial nació la clase obrera y con el surgimiento de esta apareció el fenómeno de la huelga, movimiento desconocido pero arma poderosa, hasta hoy más de carácter reivindicativo que constructivo. En otras palabras, nació el proletariado con más defectos que virtudes.

Anótese aquí que, como lo recoge *La historia del partido comunista en Colombia*, en 1918 se realizó en el país un censo de población que arrojó un dato interesante: en Colombia había 1.153.455 “trabajadores por cuenta ajena”. Cifra significativa en lo que respecta al naciente proletariado colombiano (Medina, p. 39).

Incipientes, clase obrera y huelga comenzaron a ser manipuladas desde Moscú. Fue así como se iniciaron en el país las convulsiones que aún continúan en el siglo XXI. No fueron varias sino la misma pero con diferente rostro.

A partir de la renuncia del presidente Rafael Reyes diferentes pero aislados paros se fueron inscribiendo en una especie de movimiento huelguístico que recibió un impulso propio a través de la prensa, caracterizado por una verdadera explosión de publicaciones periódicas, muchas de ellas reducidas a una simple hoja de papel pero que fueron dando forma a ese amorfo cuerpo que por entonces era el proletariado.

Aparecieron así en el país más de 50 periódicos con títulos obreros que fueron conduciendo a ese naciente proletariado por el camino de las reivindicaciones. Entre tantas publicaciones, sin embargo, sobresalen dos: el semanario *El Comunista*, publicado en Cartagena en 1910, y

*El Obrero*, que circulaba en Barranquilla en 1912. Propugnaban ellas por la creación de un partido obrero, algo impensable por esa época.

En 1913 surgió en Bogotá una organización cuyo propósito era aglutinar a las dispersas agrupaciones sindicales: la "Unión Obrera". Un movimiento similar fue creado en Honda en 1915. El periódico *El Obrero* se convirtió en virtual vocero de estas agremiaciones propugnando por el rechazo a la política y a los partidos tradicionales.

La campaña tuvo efecto pues en diciembre de 1915 fue creado el Partido Obrero como alternativa al monopolio político conservador-liberal. Aprovechando el momento, el periódico *El Obrero* comenzó agitar en la naciente conciencia proletaria un problema no exactamente vinculado a las fábricas: el de la tierra.

"El valor comercial de la tierra depende no de los títulos jurídicos sino del trabajo humano a ella incorporado... es natural y justo que los valores acrecentados en la tierra pertenezcan en común a todo el conglomerado social", se comenzó a predicar en esa época (El Partido Obrero en Medina, p. 47). Esto tendrá grandes repercusiones en un futuro, que en ese momento podría parecer bastante lejano.

Otro hito: desde 1914, aunque tímidamente, comenzó a celebrarse en el país el primero de mayo. Y poco a poco a esos proletarios criollos les comenzaron a llegar noticias sobre un lejano movimiento que la historia reconoce como la Gran Revolución Socialista de octubre.

Durante el año de 1916 el naciente Partido Obrero tenía filiales en Cúcuta, Bucaramanga, Socorro, Barranquilla, Medellín, Honda y Girardot. Pero a estas alturas al nuevo partido de obrero no le quedaba sino el nombre.

## **PODEROSA ARMA OBRERA: LA HUELGA**

El año de 1918 comienza a adquirir peso específico dentro de la agitación, ya no tan subterránea, que fue naciendo al arrullo de la paz conservadora. Las primeras huelgas no las llevaron a cabo organizaciones obreras permanentes, dado que estas apenas se hallaban en estado de germinación. Tales movimientos eran virtualmente espontáneos y de corta duración.

Pero iniciándose el último tramo del gobierno de José Vicente Concha, en enero de 1918, el país comenzó a ser sacudido por una inusual ola de huelgas: el tres de ese mes pararon los trabajadores portuarios de Barranquilla y una semana más tarde ocurrió lo mismo con los braceros de Cartagena. En esta última ciudad los huelguistas chocaron con la policía produciéndose tres muertos. Muy pocos días más tarde los ferroviarios y trabajadores portuarios de Santa Marta también se declararon en paro.

Debe anotarse aquí por qué fue en los puertos fluviales, marítimos y de transporte férreo, y no en las ciudades, en donde comenzó la agitación huelguística. La razón



era que en los puertos y por el sistema férreo los trabajadores tenían más contacto con el mundo exterior y así las organizaciones obreras absorbían primero las ideas del sindicalismo extranjero en tanto que en las ciudades los establecimientos industriales eran aún pequeños y los mayores, que eran de industria textil, empleaban mano de obra femenina (Urrutia, p. 87).

En actividades como los ferrocarriles, las industrias y especialmente en las obras públicas fueron surgiendo los primeros núcleos obreros, los cuales comenzaron a producir movilizaciones de masas, hasta ese entonces desconocidas.

El descubrimiento del poder de la huelga fue tomando su propia dinámica a partir de los años veinte, es decir, promediando el gobierno de don Marco Fidel Suárez. Y esto se manifestó en la explosiva proliferación de variadas formas de organización popular. Esta oleada huelguística en lugares claves de la costa produjo una sensación de agitación que rápidamente se extendió por el interior del país.

A mediados de enero de 1919 se realizó en Bogotá una Asamblea General Obrera a la cual asistieron más de 500 trabajadores, donde, entre otras cosas, se aprobó una plataforma socialista para la conformación de un Partido Socialista. La Asamblea integró un directorio ejecutivo y convocó el Primer Congreso o Convención Socialista para el 7 de agosto de 1919, coincidiendo con el primer año de mandato del presidente Suárez.

Como organización, unas veces política y otras sindical, según conveniencia, el Partido Socialista, PS, hizo

su aparición en 1919 publicando su “Plataforma” y su dirección estuvo compartida por intelectuales y artesanos. Algunos de ellos: Juan C. Dávila, fundador en 1920 del periódico *El Socialista*; Jorge Uribe Márquez, Patrocinio Rey, Julio D’Achiardi, Urbano Trujillo, Ángel María Cano, César Guerrero, Fideligno Cuéllar. Francisco de Heredia, recientemente llegado a Colombia, fue nombrado secretario general. Todas estas figuras serían protagonistas en la autodestrucción del PS y en el nacimiento del Partido Socialista Revolucionario, PSR (Uribe, p. 75).

Chispa que iluminó la aparición de esta organización fue la “huelga de los sastres”. Paro en la que, al igual que la posterior de las bananeras, la extrema izquierda, con aviesas intenciones, convirtió en “masacre”.

Ocurrió que en marzo de 1919 el presidente Suárez autorizó la compra de uniformes y botas militares en el exterior. De inmediato la denominada Asamblea Obrera lanzó a sus afiliados a la calle protestando contra el decreto que, según ellos, dejaba sin trabajo a los sastres criollos.

El gobierno descubrió que tras la mencionada agitación se hallaba el director de la *Gaceta Republicana*, Alberto Manrique Páramo, en cuyos talleres, pocos años atrás, se comenzó a imprimir un periodiquito que se editó en octavo de pliego y con cuatro páginas, a tres centavos por unidad llamado *El Tiempo*.

A los manifestantes, azuzados por la *Gaceta Republicana*, se les ordenó marchar desde el parque de Los Mártires hasta el Palacio Presidencial. El presidente Marco Fidel

Suárez salió al balcón para hablarle a los manifestantes, quienes se lo impidieron con piedras y a los gritos de “viva el socialismo”.

El organizador de la manifestación, quien también estaba en el balcón presidencial, no pudo explicar a los protestantes que el decreto había sido derogado exactamente la víspera por el propio Presidente. Y la *Gaceta Republicana*, intencionalmente, ignoró tal derogatoria. Manrique Páramo, desde los propios balcones presidenciales, arengó a los enfurecidos manifestantes quienes se dispersaron por la ciudad creando desórdenes en los barrios aledaños.

La caballería, llamada a restaurar el orden, se vio ante la necesidad de disparar sobre los revoltosos en defensa de la integridad del Palacio Presidencial. El saldo, que fue de 7 muertos y 15 heridos, ha sido catalogado hasta hoy, por le extrema izquierda colombiana, como la “masacre de los sastres”. Algo parecido ocurrirá en la zona bananera del Magdalena una década más tarde.

Ironía de esta “masacre”: los uniformes que se iban a importar no tenían otro objeto que el de celebrar, el mes de agosto de ese 1919, el primer centenario de la batalla de Boyacá. Es que durante la paz conservadora los eventos más importantes que se realizaban en Bogotá eran la coronación de poetas nacionales y los desfiles conmemorativos de hazañas históricas de la Independencia (Urrutia, p. 93).

En apoyo de movimientos de protesta como el de los sastres aparecieron en Bogotá diferentes asociaciones femeninas que, lideradas por las “capacheras” de la cer-

vecería Germania, lograron ir congregando otros grupos que, unidos para una manifestación pública, dieron lugar en el país a la celebración de 1º de mayo como el Día de los Trabajadores (Uribe. p. 83).

Fue ya por esta época cuando comenzó a brillar con luz propia Raúl Eduardo Mahecha, líder sindical quien en un futuro muy próximo compartiría protagonismo con María Cano (La Flor del Trabajo) e Ignacio Torres Giraldo (Los Inconformes). Todos estos responsables de lo que será una verdadera y larga insurrección contra el Estado.



## **NACIMIENTO Y MUERTE DEL PARTIDO SOCIALISTA, PS**

Como estaba estipulado, y como ya se anotó un poco más atrás, el mencionado 7 de agosto de 1919 se reunió el Primer Congreso del Partido Socialista que, además, aprobó la “Constitución socialista”. Y, como también ya se anotó, a partir de entonces comenzó en el país una incontenible oleada huelguística que afectó a los ferrocarriles de Cundinamarca, a los puertos del río Magdalena, a la industria textil de Bello, Antioquia, al transporte fluvial de Barranquilla, para citar los casos más sobresalientes. Esta oleada de huelgas usaba como combustible la apretada situación económica derivada esta de la recién finalizada Primera Guerra Mundial.

En contraste con lo acontecido con la desordenada huelga de los sastres, en noviembre de ese año de 1919 la huelga en los ferrocarriles mostró ya más efectividad y seriedad por parte de los movimientos obreros.

El 18 de noviembre de 1919 los trabajadores del ferrocarril de Girardot pidieron un aumento de salarios del 40%. El gobierno envió 100 policías a enfrentar el movimiento

lo que no impidió que estallara el paro que más tarde no solo se extendió a los ferrocarrileros de Cundinamarca sino también a las fábricas de cerveza, de tejidos, harineras y de fundición.

A las autoridades se les ordenó guardar absoluta neutralidad frente al problema laboral y con ello fue el gobierno conservador el que, con tal medida, aceptaba el derecho de los trabajadores de hacer huelgas siempre y cuando estas fueran pacíficas.

Se impone hacer un breve paréntesis para anotar aquí que la planificación de la agitación laboral, que debería concluir con el régimen imperante o mal llamada hegemonía conservadora, ignoró por completo, pues no le convenía, cómo fueron de fecundos el año de 1923 y siguientes en materia de legislación a favor de los trabajadores.

Un buen resumen en esa materia lo presenta el profesor Carlos Uribe Celis, doctorado en desarrollo económico por la Universidad de Cambridge, Inglaterra. Esta es la lista de las leyes a favor de la naciente clase obrera del momento: “Los contratos de trabajo (1923); el descanso dominical o ‘hebdomadario’; los días festivos pagos (1921, 1923, 1926); el derecho de huelga (desde 1919); el seguro colectivo obligatorio (1921); el proyecto de beneficencia pública (1923); la participación de los obreros en utilidades de la empresa (1923); la creación de la comisión de asuntos sociales (1923); el fomento a la federación de obreros (1923); la promoción de los pintorescos ‘sindicatos de la aguja’ para proteger a la

mujer obrera (1923) y la creación de la Oficina General del Trabajo (1923)” (Uribe Celis, p. 65).

¿Sirvieron estos logros para amainar la agitación emprendida por los socialistas? Para nada.

La huelga ferroviaria se extendió al gremio de albañiles, panaderos y latoneros. Pero los únicos que lograron éxitos, ciertamente impresionantes, fueron los ferroviarios quienes en muchos casos lograron aumentos hasta del 40%. Las otras huelgas que se desataron a la par con las de los ferroviarios no tuvieron éxito.

Su fracaso se basó en que la mayoría de la industria colombiana era primitiva y, por tanto, requería de mano de obra no calificada, es decir, mano de obra barata. Y con mano de obra barata es muy fácil liquidar una huelga. Caso emblemático de este caso es la industria de la construcción (Urrutia, p. 98.)

Comenzando el año de 1921, la intensidad de los paros disminuyó notablemente, lo que le permitió al aún joven Partido Socialista incursionar en la política electoral que en ese año estaba bien agitada. Especialmente en Medellín, las listas socialistas alcanzaron significativa votación llegando a superar al liberalismo. Hasta un representante a la Cámara por esa corriente alcanzó curul.

El dirigente socialista Ignacio Torres Giraldo exaltó los triunfos logrados en las elecciones regionales en Girardot, Honda, La Dorada, Palmira, Dagua, Segovia, Remedios, Puerto Wilches, Mariquita, Cisneros, Puerto Berrío, Dabeiba. Anótese, de una vez, cómo el socialismo



va avanzando en estratégicos puertos sobre el río Magdalena.

La agitación electoral, hábilmente aprovechada por el naciente Partido Socialista, iluminó la mente del aletargado Partido Liberal el cual decidió lanzar candidato propio para la Presidencia de la República.

El ungido fue el general Benjamín Herrera quien, con más ilusión que realismo político, pidió al Partido Socialista el correspondiente apoyo electoral. Fue en ese orden de ideas como se selló una alianza del Partido Liberal con el socialismo. Núcleos socialistas, a lo largo y ancho del país, comenzaron a adherir al candidato liberal.

Mientras esta alianza liberal-socialista tomaba su propia dinámica electoral, en noviembre de 1921 el Partido Socialista, celebrando su II Congreso, rechazaba la propuesta de afiliación a la III Internacional, pero también se comenzaba a insinuar la posibilidad de que el liberalismo se hubiera socializado. No era para menos: mientras el liberalismo ponía las masas que le faltaban al socialismo, este ponía la doctrina que le faltaba al liberalismo (Gerardo Molina, p. 130).

En la Convención Liberal celebrada en Ibagué a comienzos de 1922, la colectividad de Uribe Uribe y Benjamín Herrera aprobó en su plataforma política principios importantes de la Constitución Socialista lo que, visto a la distancia, se tradujo en el debilitamiento tanto del socialismo como del liberalismo.

¿Qué resultó de todo esto? Que el general Benjamín Herrera no llegó a la presidencia y el Partido Socialista

entró en estado de extinción. Virtualmente en 1922 terminó el período del incipiente socialismo colombiano.

Es que no había eso que más tarde será conocido como las “condiciones objetivas” para el desarrollo de la doctrina socialista: el proletariado, pese a lo bullicioso, era muy débil, aunque también era débil el desarrollo capitalista.

Nació, entonces, una especie de etapa de transición entre el llamado socialismo reformista y el socialismo revolucionario. Dicha etapa estuvo comprendida entre los años 1923 y 1926. Es decir, durante casi todo el mandato presidencial del general Pedro Nel Ospina. Y fue en este período cuando comenzó a tomar protagonismo un extraño individuo ruso llamado Silvester Savitski.

Figura enigmática, según datos accesibles aún no comprobados con documentos, Savitski al parecer era un oficial del Ejército Rojo enviado a comprar trigo a China o al Japón pero que finalmente, quizá huyendo de una de las famosas purgas, llegó a Colombia junto con su esposa, Elizaveta Yakunina, presumiblemente viuda de un oficial del ejército zarista (Urrutia).

Muchos años más tarde, cuando ya haya caído la cortina de hierro, se podrán conseguir datos en los archivos que permitirán colegir que uno de los motores de la frenética actividad de Savitski era rehabilitarse luego de algún “pecado” (un homicidio) y obtener el derecho de regresar a la patria soviética (Lázar y Víctor Jeifetz, p. 11).

De su tintorería, en pleno centro de Bogotá, hizo un auditorio al cual acudían ávidos jóvenes intelectuales

y proletarios criollos a escuchar y debatir las doctrinas de Lenin y los acontecimientos derivados de la llamada Revolución de Octubre.

Intelectuales como Luis Tejada, Moisés Prieto, Luis Vidales, José María Olózaga, Josué E. Nieto, Gabriel Turbay, Roberto García Peña, junto con destacados líderes sindicales, ávidamente se congregaron en torno a Savitski para imbuirse en la nueva doctrina milenarista procedente Moscú.

Fue en este ambiente en el que Silvester Savitski y Luis Vidales, a pedido de grupos de trabajadores, redactaron los estatutos del sindicato de albañiles y similares que sirvieron de modelo para la redacción de otros similares.

Algunos de los “comunistas” del heterogéneo auditorio redactaron un manifiesto en el que se recogieron los “21 puntos de la Internacional Comunista”, documento este más conocido universalmente como *El Manifiesto* o *Manifiesto Comunista*. Los 21 puntos eran las normas ideológicas y organizativas que debían aprobar todo partido u organización que quisiese adherirse a la Internacional Comunista.

Entre los catecúmenos de la tintorería desde el primer momento, comenzó a descollar el periodista y poeta Luis Tejada, quien ya en 1919, en compañía de José Vicente Combariza (José Mar), había fundado el periódico *El Sol* en cuyas páginas divulgaba su pensamiento, que no era otro distinto al de una verdadera admiración por la Unión Soviética.

Derrotado electoralmente el general Benjamín Herrera, el desconcierto se apoderó de la dirigencia socialista, pero Tejada comenzó a radicalizar su pensamiento a través del periódico El Espectador, tribuna que le sirvió para difundir las enseñanzas de Lenin. No sin razón el Partido Comunista Colombiano lo considera uno de sus precursores.



## **FUNDACIÓN DEL PARTIDO SOCIALISTA REVOLUCIONARIO**

Para el año de 1924 el movimiento obrero adquirió una nueva dinámica al ocurrir en Bogotá dos acontecimientos importantes: el Primer Congreso Obrero y la Conferencia Socialista Nacional.

Si el año de 1918 fue clave en el nacimiento y desarrollo de la agitación obrera, el año de 1924 se convierte en el clímax de la purga dentro de la propia izquierda y en la puja, casi que mendicante, de cada una de las fracciones enfrentadas, por recibir la bendición y aprobación del Kremlin.

Mientras el movimiento obrero adquiere una nueva dinámica con el desarrollo en Bogotá de dos acontecimientos importantes –el Primer Congreso Obrero y la Conferencia Socialista Nacional– paralelamente el movimiento revolucionario colombiano da el primer paso de acercamiento a la III Internacional.

Esto último aconteció alrededor del grupo que anteriormente había congregado Silvestre Savitsky, el de

la tintorería, y que el 6 de marzo de 1924 proclamó la creación del Comité Organizador del Partido Comunista de Colombia. El 1° de mayo de 1924 el citado Comité declaró la fundación del PCC y el 28 del mismo mes, en una asamblea general de sus miembros, se aprobó el programa y los estatutos del partido “elaborados de acuerdo con las ideas, las tácticas y las condiciones de organización recomendadas por los congresos de la III Internacional” (Jeifets, p. 8).

Anótese de una vez por todas lo siguiente: esta fecha fundacional del PCC en 1924, tomada de Archivo Estatal Ruso de la Historia Social y Política luego de la caída de la cortina de hierro, contradice absolutamente la fecha que hasta hoy han mantenido los camaradas criollos para quienes el PCC se fundó el 5 de julio de 1930, un mes antes del ascenso del Partido Liberal, que luego de 45 años de ausencia regresaba al poder.

De golpe, la aparición del Partido Socialista Revolucionario, PSR, puede dar una luz al respecto. Véase, más adelante, cómo en su programa, para poder actuar, el Partido Socialista Revolucionario disfraza con este nombre su verdadero carácter de comunista.

Vale la pena anotar aquí un suceso que algún significado puede tener dentro de la ilación de los sucesos políticos que ocurrirán en Colombia durante los años inmediatamente posteriores. Se trata de que fue por esta época, exactamente en octubre de 1924, cuando se graduó el joven abogado Jorge Eliécer Gaitán y para ello presentó un trabajo de grado titulado “Las ideas socialistas en

Colombia". Dejemos esto en salmuera y regresemos a la génesis del Partido Socialista Revolucionario, PSR.

El Congreso fundacional se instaló el 1º de mayo. Curiosamente el evento lo instaló el presidente de la república, Pedro Nel Ospina, quien además estuvo acompañado por su ministro de Industria.

La capacidad del Partido Socialista Revolucionario, PSR, para agitar el movimiento social a través de grandes y sucesivas huelgas de trabajadores no se hizo esperar. Incluso no bien se iniciaron las sesiones del Congreso estallaron pugnas y diferencias ideológicas entre sus asistentes. Quienes estaban vinculados al Partido Socialista, fundado en 1919 y ahora en proceso de extinción, chocaron con quienes llegaron al partido después de 1922.

Prensa, huelgas y armas constituyen a partir de ahora los elementos convergentes de un movimiento claramente subversivo que procurará generalizarse en todo el país (Rojas Guerra, p. 67).

Una de las consignas que se agitó y aprobó en el Congreso fue la referente a la defensa de los presos políticos. Por primera vez aparecía esta figura en la política colombiana. En entrevista realizada con el presidente Ospina, líderes del Congreso le pidieron la liberación, entre otros, del inmigrante italiano Vicente Adamo, quien por esa época "organizaba" a los campesinos del Sinú.

Campesino socialista de origen italiano, pionero del socialismo en Colombia, deambuló por Méjico y Cuba



trabajando en “oficios varios”, los cuales aprovechaba para organizar a los trabajadores con quienes laboraba.

Por Cartagena llegó Adamo a Colombia en 1905 y su labor la concentró en la costa, especialmente en Montería y el Sinú. En la actual capital cordobesa dirigió la toma de Lomagrande, en donde estableció el primer baluarte rojo. Preso como sindicado de la muerte de un teniente de policía fue liberado por la acción popular emprendida por María Cano e Ignacio Torres Giraldo. El presidente Miguel Abadía Méndez lo expulsó del país en 1927.

Su memoria revivió años después en las luchas por la tierra que se dieron en la segunda mitad del siglo XX a través de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, ANUC, Orlando Fals Borda fue, virtualmente, su biógrafo.

El Congreso aprobó también una proposición por la muerte de Lenin y acordó recolectar fondos para erigir una estatua en honor del fundador del Estado soviético. El tema fue aprovechado por los delegados de tendencia comunista para atacar ferozmente a los socialistas.

A causa de las fricciones internas, el Congreso estuvo a punto de disolverse. Es en medio de esta pugna cuando aparece en el panorama el Partido Comunista Colombiano, inicialmente oculto bajo el manto del ahora naciente Partido Socialista Revolucionario (Medina, p. 82).

Y es a partir de ahora que en la historia política de Colombia aparece una especie de hueco negro sobre el que muchos historiadores han insistido en la necesidad de explorar para conocer la realidad de lo que acontecía

durante la vigencia de la llamada “paz conservadora”, previa al estallido de violencia que amenaza por cumplir sus primeros 100 años.

La caída de la Cortina de Hierro y la consiguiente apertura de los misteriosos y herméticamente cerrados archivos de la Unión Soviética muestran cómo, desde su aparición, el secretismo fue el sello característico de los archivos comunistas. Y esa la explicación de por qué comunista que se estime no usa su nombre propio sino un alias.

Pues, bien: el hermetismo comunista, caído el Telón de Acero, muestra cómo connotados dirigente subversivos cambiaban de nombre con una facilidad increíble para despistar a las autoridades. Y en infinidad de países no hubo archivo que sorpresivamente no fuera destruido para huir de la justicia.

Nuestro país no fue ajeno a esa modalidad. Años más tarde, cuando se cometa el asesinato del jefe liberar Jorge Eliécer Gaitán, las chimeneas de la Embajada Soviética, conocidas en el argot popular como “La Selva”, ubicadas en la carrera séptima con calle 63, hoy el día sede del Club del Comercio, no darán abasto expeliendo por sus buitrones humo y cenizas en cantidad, producto de los archivos que con urgencia fueron incinerados en ese momento. Los documentos que no alcanzaron a ser quemados fueron llevados en camiones por la actual carrera quinta rumbo al sur de la ciudad.

¿Por qué los comunistas destruyeron en Bogotá su propia documentación? Más adelante, cuando se llegue al tema dentro de este mismo estudio, algo se podrá saber.



## ORO NEGRO

Aunque muy incipiente por esos años, la industria petrolera se convirtió, sin embargo, en el combustible de quienes, guiados desde El Kremlin, preparaban una revolución en Colombia que arrasaría hasta con los cimientos del país e instauraría el reino del socialismo (Díaz Callejas, p.54).

Las huelgas petroleras de 1924 y 1927 constituyeron un desafío frontal, al gobierno y fueron los mejores laboratorios en los cuales se preparó un enfrentamiento sangriento en la zona bananera del Magdalena, enfrentamiento cuyo fin era no solo derribar al régimen conservador imperante sino implantar, como ya se dijo, el socialismo.

La primera huelga petrolera en Colombia, contra la Tropical Oil Company, estalló el 8 de octubre de 1924 luego de que fracasara un pliego de peticiones de los sindicalistas del sector. Veinticuatro horas después de decretado este paro estallaron huelgas de braceros, estibadores y bodegueros en Girardot y La Dorada.

Más de 4.000 obreros bloquearon el campo petrolero de Infantas, en Barrancabermeja, se adueñaron del ferrocarril y rompieron las cercas que separaban al personal norteamericano del colombiano.

El ministro de industria, comisionado por el gobierno para resolver el problema huelguístico hubo de ser testigo de los desmanes de los huelguistas. La huelga fue sofocada el 14 de octubre y decenas de exaltados huelguistas fueron desterrados del Barrancabermeja. El movimiento, que duró ocho días, fue presentado por varios periódicos como “la semana roja” de Barrancabermeja (Díaz, p. 56).

Pese a la derrota, no cesó la rebelión en el sector laboral petrolero pues los organizadores tenían muy claro qué era lo que buscaban y fue así como prepararon y llevaron a cabo otra huelga, también en Barrancabermeja, pero esta vez en enero de 1927 y la cual corrió con la misma suerte que la anterior.

El ministro de Industrias, quien tuvo que lidiar con esta última huelga, fue José Antonio Montalvo, quien debió recalcar cómo fue de necesaria, nuevamente, la intervención de la policía con miras a la protección del orden, lo que además trajo como añadidura que el gobierno se hubiera visto en la necesidad de declarar turbado el orden público.

Al respecto, no deja de ser interesante lo que en su periódico *El Tiempo*, en su editorial, expresó Eduardo Santos. Luego de interrogarse sobre qué pasaba en Barranca?, el periodista Santos, quien 10 años más tarde sería Presidente de la República, reseñaba lo que estaba

ocurriendo no solo en el más importante puerto sobre el río Magdalena, sino lo que acontecía con el mismo río.

“Avisan de varias partes del río que los marineros han decretado el paro, que se ha suspendido la navegación en el alto Magdalena, que no funcionan ni los servicios del oleoducto ni el ferrocarril de Bolívar, y que en Calamar las cuadrillas que trabajan en el cargue y descargue de los buques se han cruzado de brazos, y que el ferrocarril de La Dorada también vera suspendidos sus servicios.

“El objeto de todo esto –continúa *El Tiempo*– es realizar un paro general a lo largo del Magdalena, entre Barranquilla y Neiva, para provocar una situación que obligue a la Tropical Oil Company a capitular ante las exigencias de sus obreros”.

Catégoricamente enfatiza Eduardo Santos en *El Tiempo*: “La causa de esto es muy fácil de hallar y la ha dado en términos resonantes el comité ejecutivo del partido socialista revolucionario: ‘Es un deber de los revolucionarios socialistas, dice el comité, elevar todo el movimiento huelguístico a la categoría de una lucha política que afiance en las masas la convicción de que el proletariado no puede liberarse sin hacer pedazos las formas estatales que rigen en la sociedad burguesa’.

“Nada nos parece más peligroso, ni más inaceptable que esas tendencias, basadas en un concepto revolucionario”.

Este editorial del futuro presidente liberal de Colombia produjo el mismo efecto que un arado en el mar. Los directamente sindicados prosiguieron sus preparativos para la toma del poder. Otro paso en

esa dirección se dio el 15 de enero de 1928 cuando fue creado el Comité de Ayuda a la lucha de Sandino en Nicaragua y se dispuso la formación de un contingente de combatientes. “Invitamos a nuestros compatriotas a marchar resueltamente a Nicaragua a combatir al lado del General Sandino por la libertad del Continente” (Torres Giraldo en Díaz Callejas, p. 61).

## **ESTRATEGIA INSURRECCIONAL SOCIALISTA**

Para caracterizar la estrategia insurreccional socialista, cuyo combustible, como se acaba de ver, es el movimiento petrolero, preciso es destacar un notable documento, "En los dominios yanquis", escrito por Ignacio Torres Giraldo.

El extenso documento, ocho capítulos, enfoca todas sus baterías a los intereses norteamericanos existentes en el país pero especial y casi únicamente a la zona bananera del Magdalena, centro de operaciones de la United Fruit Company.

Para acabar con la United Fruit el documento enuncia una labor de zapa tendiente a destruir no solo sus propiedades sino también a quienes la apoyan, calificados como "ayanquizados", a la legislación colombiana, a la policía y al ejército en tanto que instituciones, a los sistemas de contrato de los trabajadores con especialidad en los comisariatos y en los vales y por la "liberación" de todos los esclavizados y domesticados (Rojas Guerra, p. 107 y ss.).



Resumiendo, en pocas palabras, desde 1924 se comenzaron a organizar los sucesos de las bananeras que, según sus organizadores, deberían darle en triunfo al socialismo revolucionario en Colombia.

Fundado el mes del marzo del mencionado año, el Partido Socialista Revolucionario solamente publicó su programa en diciembre, en pleno gobierno del general Pedro Nel Ospina.

Principales puntos de su programa (Meschkat y Rojas, pp. 87-114):

- Atizar la lucha de clases en todos aquellos centros obreros en que se hallen establecidas, en cualquier forma, compañías estadounidenses.
- Nombrar a María Cano como Flor Revolucionaria del Partido Socialista Revolucionario de Colombia.
- Dado el régimen burgués imperante, el Partido Socialista Revolucionario de Colombia disfraza con esta denominación su verdadero nombre de COMUNISTA.
- El único movimiento que tiene influencia entre los campesinos y obreros de la ciudad es el Partido Socialista Revolucionario... Algunos jefes del viejo (y muerto) Partido Liberal han declarado su adhesión a las doctrinas socialistas.
- Quienes salen de Colombia para ir a Rusia lo hacen con pasaporte colombiano hasta Panamá o hasta París. En uno de estos dos lugares obtienen el que necesitan para ir a Rusia. Es la única manera que los bolchevistas criollos tienen para ir a Rusia sin que alguien pueda impedirselo.

- Acuerdo No. 23 (29-07-1928) de la Asamblea Plenaria del Partido Socialista Revolucionario sobre la organización del Ejército Rojo del Partido Socialista Revolucionario. Artículo 1º: declárase a las organizaciones militantes en pie de guerra (107)... desde este día se despertará el sentimiento de rebeldía de los oprimidos... para abatir la dictadura de los dominadores actuales será necesario emplear la violencia abierta... la revolución de los trabajadores ha de conservar las armas durante la lucha y después de la victoria... no podrá haber paz mientras no se haya instaurado la justicia proletaria la cual se conquista y conserva con las armas.
- Para un eficaz servicio de comunicaciones del correo rojo el mapa del país será dividido en once zonas.
- Es obligatorio para cada uno de los miembros del Ejército Rojo mantener un excelente estado físico. Para ello se impone a todas las organizaciones y militantes del partido “fundar juegos de turmequé o de disco romano y hacerle profusa e intensa propaganda a este benéfico deporte”.

No sobra anotar aquí que el ahora virtualmente desaparecido Partido Socialista, como tal no organizó huelgas. Intentó, más bien, organizar al naciente proletariado. En esas estaba cuando apareció en el escenario el oscuro personaje, Silvestre Savitsky, y con él la III Internacional Socialista o Comintern.

Esto le dio un vuelco total al panorama.

Quienes, como ya se vio, se congregaron alrededor de Savitsky en 1923, buscaron un acercamiento con la III Internacional en procura de reconocimiento revolucionario por parte de Moscú. El propio Savitsky proclamó, el 6 de marzo de 1924, la creación del Comité Organizador del Partido Comunista de Colombia.

Y el 1º de mayo de 1924, el citado Comité declaró la fundación del PCC (Partido Comunista de Colombia). El 28 de mayo, en una asamblea general de sus miembros, se aprobó el programa y los estatutos del partido “elaborados de acuerdo con las ideas, las tácticas y las condiciones de organización recomendadas por los congresos de la Tercera Internacional”.

Y aquí comenzó la pugna.

Por todas partes surgieron verdaderos representantes del proletariado que se peleaban la bendición de Moscú, entre ellos los catecúmenos de Savitsky, quien comenzó a ser mirado por otros comunistas con sospecha de ser provocador.

Años más tarde, el propio Partido Comunista concluiría que este, “un supuesto Partido Comunista (el fundado en 1924) en realidad no existió” pese a que en él militaron decenas de intelectuales y jóvenes, además de por obreros y artesanos, “completamente aislados de las masas” (Lazar y Viktor JEIFETS, p. 8).

## **LA ESTRATEGIA DE CONTENCIÓN CONSERVADORA**

Para enfrentar la Estrategia Insurreccional Socialista, el llamado conservatismo doctrinario puso en marcha la que se conoce como Estrategia Preventiva Conservadora. Y es en esta en donde brilla con luz propia el exgobernador del Valle y ex ministro Ignacio Rengifo Botero, brillante personaje al cual el propio Partido Conservador le adeuda una biografía.

Por sus firmes creencias, Rengifo fue catalogado por el caricaturista Ricardo Rendón como un personaje que siempre vistió de luto, cual si fuera uno de los cuatro jinetes del Apocalipsis.

Para Rengifo, hombre de firmes convicciones y decisiones y de absoluta pulcritud en materia de manejo de los recursos públicos era claro que había, durante el período en que le tocó actuar, “permanentes amenazas de guerra provenientes del partido liberal y, con mucho más razón, amenazas insurreccionales provenientes del Partido Socialista Revolucionario” (Rojas Guerra, p. 59).

Consecuente con su manera de pensar, su mayor preocupación la constituía la insurrección armada en la cual veía la verdadera amenaza para la continuación de la hegemonía conservadora. Dentro de sus cálculos jamás cupo la posibilidad de que el Partido Conservador pudiese ser desplazado electoralmente del poder.

No obstante la obsesión de Rengifo por la guerra no fue originalmente suya sino emanada de su amigo, el presidente Marco Fidel Suárez. Este confió a Rengifo, por entonces gobernador del Valle, sus profundas inquietudes en materia bélica y le comunicó su decisión de abandonar el cargo para evitar esa guerra que con fundamento él creía inminente.

En carta del 4 de abril de 1919 enviada por don Suárez al gobernador Rengifo le hizo la confidencia: “me voy viendo en una situación sumamente difícil; experimentando la oposición de todos los partidos y no pudiendo, a lo menos inmediatamente, renunciar, para no producir un mal máximo que podría plantear efectivamente la guerra y posiblemente la disolución de la República” (Rojas Guerra, p. 60).

Finalizando el mencionado año de 1919, el presidente Suárez, en otra carta, añade: “La campaña periodística, todos los días más furiosa contra el gobierno; el esfuerzo socialista que va produciendo huelgas y desórdenes; las posibles influencias de una potente nación donde es industria y sistema soplar la guerra en aquellos pueblos que se escogen como campo de especulaciones; el viento de guerra que discurre por el mundo, todo

esto es motivo, para pensar que los anuncios de la carta son posibles”.

La obsesión de don Marco no da tregua. El 17 de septiembre de 1920, vuelve a escribir a Rengifo: “Cada día me convengo más de que debo separarme de este empleo... así se alejarán las probabilidades de guerra, las cuales fomentan por la aversión hacia mí a causa de considerarme representante de lo que llaman teocracia. Esta posible guerra se manifiesta en amagos dispersos como en Tumaco, Los Llanos y la zona bananera” (Rojas Guerra, p. 60).

La importancia de esta última carta estriba en que en ella Suárez le solicita a Rengifo que le acepte la cartera de gobierno para que, en calidad de tal, finalmente lo reemplace en la Presidencia de la República. Rengifo rechaza la oferta pues como gobernador estaba comprometido a fondo en obras de infraestructura para Buenaventura y prefería continuar en ello.

No sobraría anotar que las obras de Rengifo para Buenaventura recibieron fuerte oposición antioqueña pues los políticos de esa región querían sacar la mayor tajada del hecho de que el presidente Suárez era antioqueño.

Ya hacia 1925 –gobierno de Pedro Nel Ospina– se observa un cambio fundamental en la percepción política de una amenaza al orden establecido en lo que respecta a identificar a los agentes promotores del peligro. Según Ignacio Rengifo, el conflicto que originalmente se palpaba como una posible alianza yanqui-partido liberal, se convierte ahora en una relación socialistas-revolución.

Rengifo está ahora plenamente convencido de que el comunismo o bolchevismo es el mayor peligro que afronta el país durante toda su historia. Su argumentación es muy sencilla: “los liberales quieren destruir el poder de la Iglesia católica y de la religión católica en tanto que fundamento del ordenamiento social. Además no tendrían escrúpulos en vender la patria con tal de hacerse al poder, como ha ocurrido en la vecina Nicaragua. Sin embargo los liberales conservan la propiedad privada y la familia. Pero los socialistas quieren destruirlo todo: religión, patria, propiedad y familia”. (Rojas Guerra, p. 65).

Enfrentar con todo rigor la difusión de las ideas socialistas fue la tarea de tinte mesiánico que se propuso el ahora ministro de Guerra de Miguel Abadía Méndez, Ignacio Rengifo. Y esta posición fue la que marcó la estrategia del conservatismo doctrinario que se tradujo en medidas fuertemente restrictivas que dieron pie a una oposición implacable de la prensa liberal. Las restrictivas medidas fortalecieron los argumentos de quienes buscaban el desplazamiento violento del partido de gobierno.

La prensa liberal, con su encarnizada oposición al régimen conservador convenció al ministro Rengifo, sin la menor duda, de que dicha prensa formaba parte del conjunto de las fuerzas que se proponían la destrucción de la república cristiana.

A su turno, la prensa liberal, manejando una táctica de doble moral y por tanto de doble dirección, mientras criticaba al gobierno por su supuesta incapacidad para controlar el desbordamiento de algunos conflictos sociales, como por ejemplo la gran huelga de los trabajadores

petroleros en enero de 1927, a su vez invitaba a que ese mismo gobierno actuara represivamente contra el movimiento social para que, una vez desplegada la fuerza represiva, enjuiciara entonces el autoritarismo, la arbitrariedad y los excesos represivos del régimen.

La mencionada huelga petrolera de 1927 convenció sin dudas al ministro Rengifo de la capacidad del Partido Socialista Revolucionario para activar el movimiento social mediante el expediente de las huelgas y con ellas las evidencias sobre los preparativos para desencadenar una insurrección armada.

Prensa, huelgas y armas se convirtieron en los elementos unificadores de un movimiento subversivo de revolución social que con toda seguridad se extendería por todo el país. Para contrarrestar esta situación inminente el ministro Rengifo, líder visible de la “Estrategia de Contención del Conservatismo”, concibió un plan de contrainsurgencia denominado de “Defensa social”.

Esta Ley de Defensa Social o Ley Heroica, como también se la denominó, era una estrategia represiva dentro del estado de derecho. Dicha ley fue objeto de encendidos debates en el Congreso. Antes de ser promulgada, el gobierno expidió el Decreto 707 del 27 de abril de 1927 que, entre otros, contenía un artículo según el cual “nadie podrá llevar armas dentro del poblado. Los campamentos o residencias de obreros o trabajadores, cuando éstos pasan de cierto número, pueden y deben considerarse como lugares poblados si se tiene en cuenta el espíritu de esa disposición o lo que tuvo en mira el constituyente al expedirla”.



Con el respaldo del mencionado decreto se ordenó a la policía una especie de allanamientos a todos los campamentos en donde hubiese más de diez trabajadores. La orden no produjo mayores resultados y sí dio pie a la oposición para que se burlara de la actividad del presidente Abadía cuya actividad favorita era la cacería pues la orden era decomisar elementos como pólvora y cápsulas para escopetas de cacería.

Si la policía no halló arsenales en manos de los obreros sí despertó el interés de los trabajadores por adquirir semejantes “medios de expresión”, dado que por todas partes líderes de izquierda predicaban un proyecto insurreccional.

Y cual si de un sainete se tratara, estallo por esa época un escándalo sobre un gigantesco cargamento de armas para Colombia procedente de Irlanda. El destino real de esas armas era para China pero los contrabandistas, que pensaban sacarle jugosas ganancias al contenido del buque, hicieron creer al gobierno inglés que tales armas tenían como destino el gobierno de un país suramericano.

Con ignorancia supina los contrabandistas eligieron precisamente al país que más medidas de precaución había tomado al respecto a través de cónsules y embajadores en Europa precisamente para evitar cualquier introducción de armamento para los socialistas o cualquier clase de insurrectos.

Los contrabandistas falsificaron documentos usando el nombre de una prestigiosa firma comercial de Cartagena. Cuando ya tenían listo todo para viajar con las armas, el gobierno inglés consultó al embajador de Colombia

en Londres y fue así como quedó al descubierto “el gigantesco cargamento de armas para el socialismo revolucionario de Colombia”.

La noticia cayó en el país como una verdadera bomba y ella sirvió al gobierno para acelerar la expedición de la ya mencionada Ley Heroica. Coincidentalmente todo esto aconteció en abril de 1928, justo a tiempo para que cobraran toda su verosimilitud los indicios que tenía el ministro Rengifo acerca de la inminente explosión de un plan general de insurrección socialista para el 1º de mayo. El hecho, además, ayudó a que el reticente Congreso diera su aprobación a la Ley Heroica.

Como marco general la Ley Heroica prohibía cualquier tipo de organización “que con los nombres de comunismo, socialismo revolucionario, bolcheviquismo, anarquismo u otros análogos, y que por medios orales o escritos de cualquier índole se propongan cuestiones abstractas, como por ejemplo: atacar o debilitar la idea de la patria, atacar en abstracto o en la persona de sus ministros la religión católica, apostólica romana, atacar o desconocer la institución de la familia y del derecho de propiedad”.

Como colofón, la mencionada ley elevaba a la categoría de delito el fomento de cualquier tipo de conflicto social, en particular las huelgas. Por llegar tarde, la ley no pudo ser aplicada. El ritmo y profundidad del movimiento social tomaron la delantera. La velocidad de los acontecimientos estaba catapultando no solo al líder Raúl Eduardo Mahecha, talentoso organizador de los trabajadores, quien se movía como pez en el agua especial-

mente luego de una agitada gira que por la costa habían realizado María Cano, “La Flor del Trabajo”, e Ignacio Torres Giraldo.

La huelga de las bananeras estalló apenas 20 días luego de la aprobación de la Ley Heroica, que aún no podía regir sino 60 días después de su publicación en el *Diario Oficial*.

Si de algún consuelo sirve, baste saber que la tal Ley Heroica solo sirvió de prefacio ideológico al Decreto Legislativo No. 2 del 31 de diciembre de 1928, que dio origen a la instalación de los consejos verbales de guerra en la ciudad de Ciénaga para juzgar a los implicados en la que desde entonces llaman “la masacre de las bananeras”, tema que se tratará más adelante.

## EN LOS CUARTELES

Si el documento “En los dominios yanquis”, de Ignacio Torres Giraldo, fue de enorme importancia en cuanto respecta a la actividad de insurrección socialista, por el lado gubernamental se produjo otro no menos importante en el desarrollo de la estrategia de contención del conservatismo. Se trata, en este caso, de un documento de análisis elaborado por el entonces comandante de la tercera división del Ejército, con sede en Cali, con fecha del 7 de septiembre de 1926.

Tema central de este documento era la denuncia sobre la inferioridad en que se hallaba colocado el Ejército Nacional frente al desarrollo socioeconómico alcanzado en el Valle respecto al potencial revolucionario de las fuerzas sociales desafectas que engendra ese mismo desarrollo.

Según el documento, a la importancia del ferrocarril como columna vertebral del desarrollo regional el Ejército percibía también, entre otros, la afluencia de “elementos sociales que traen ideas, teorías y aspiraciones que han convulsionado a otros países” lo que deriva en la “necesidad de guardar o alcanzar una relatividad

indispensable entre ese desarrollo y ese progreso que se advierten y los medios de mantener el orden”.

Lo que urgía, por tanto, era la modernización total del Ejército, no solo en cuanto a la calificación de oficiales y suboficiales, sino también en cuanto al sistema de reclutamiento, dotaciones, infraestructura, transporte y obviamente armamento. Y uno de los puntos vitales de esa modernización se basa, según el documento en cuestión, en la profesionalización de los suboficiales, ya que estos son quienes están en contacto más directo con la tropa. El bueno o mal ejemplo de los suboficiales, su espíritu, todo, en una palabra, se transmite o contagia a los soldados. De ahí la importancia de adoctrinar a los suboficiales. Y esto tiene que ver directamente con la estrategia de contención del gobierno.

Sin necesidad de profundos análisis se aboga por un cambio en el sistema de reclutamiento, pues no se ignora que quienes prestan el servicio militar no llegan allí por convicciones ciudadanas, sino forzados por el reclutamiento. Con un aditamento: quienes allí están reclutados a la fuerza se hallan mal alojados, mal alimentados, mal tratados.

Súmesele a lo anterior que “tales reclutas provienen de las clases más incultas y miserables por lo cual un gran porcentaje de esos conscriptos son desafectos al gobierno y a las instituciones que rigen la nación.

A los cuarteles llevan la simiente del antimilitarismo, del desconocimiento de toda autoridad y extraviados por las disolventes ideas del socialismo que van apoderándose de la mente maleable de las masas trabajadoras, se

convierten así en el problema más grave que habrá de presentársele al país” (Rojas Guerra, p. 78).

Estas observaciones del comandante de la III Brigada, el general Victoria, produjeron gran impacto en el ministro de Guerra, Ignacio Rengifo pues el mencionado documento advertía, con claridad meridiana, que “prácticamente las condiciones estaban dadas y eran óptimas para el éxito de la propaganda socialista entre los soldados”. En evitar que dicha propaganda llegara a los cuarteles el ministro Rengifo puso todo su empeño y tenacidad. Y toda su obsesión.

Visto a distancia, todo indica que el mayor triunfo de la estrategia preventiva de contención tuvo aquí su mejor éxito. Quienes adelantaban su concienzuda campaña de insurrección y estaban seguros de contar con el apoyo de los suboficiales y soldados, no supieron ni cómo ni cuándo tal posibilidad se les disolvió en apenas una ilusión. Es que acababa de nacer algo con lo que los insurrectos no contaban: la doctrina militar.

Desde entonces, prácticamente hasta hoy, el elemento unificador de todas las transformaciones ocurridas en la vida militar lo constituyó una metodológica ideología anticomunista que llevaba a identificar a un enemigo no en las fronteras, sino en el interior mismo del país.

Es a esa condición de enemigo que en ese entonces ingresó toda fuerza social desafecta al orden establecido. Esto ocurrió ya terminando la llamada hegemonía conservadora. A partir de entonces, por diversos medios y distintos gobiernos, se intentará destruir al Ejército para que con ello desaparezca la doctrina anticomunista.

En este momento podría afirmarse que así como la ideología socialista se difundió rápidamente en todos los contingentes obreros del país, de modo similar pero con ritmo más intenso la ideología antisocialista se constituyó en el eje de la calificación y capacitación de oficiales, suboficiales y soldados.

No sobra resaltar, a estas alturas, que cuando en la institución militar se adopta cualquier ideología ella adquiere, forzosamente, el carácter de un absoluto, de una verdad que no puede someterse a debate político ya que un ejército, para que sea tal, no puede ser deliberante.

El 15 de marzo de 1928 el ministro de guerra Ignacio Rengifo advirtió a todos los generales comandantes regionales que su despacho tenía conocimiento de que dirigentes y propagandistas del Partido Socialista Revolucionario se proponían “minar por su base la institución armada”.

Para enfrentar esta amenaza, el ministro Rengifo dotó de funciones policiales al Ejército con el fin de que pudiera adelantar labores de tipo investigativo. Es a partir de esta facultad que podría ubicarse la polémica, que aún no termina, sobre la efectividad y competencias de la justicia civil y la justicia militar.

Para los militares, el procedimiento judicial del poder civil se revela ineficaz, políticamente tolerante y complaciente; más aún, cómplice de los sujetos de la revolución (no sobraría advertir que estas consideraciones se hicieron en 1928 y no en el 2015).

El conflicto entre los dos procedimientos de justicia hizo metástasis luego de la huelga de las bananeras y sus sangrientas consecuencias cuando el poder civil antes, durante y después del conflicto se apartó y discrepó fuertemente del procedimiento militar.

No sobra retornar ahora a la preocupación que, con característica de obsesión, le impedía cualquier tranquilidad al ministro Rengifo. Las informaciones que le llegaban de todo el país indicaban que se preparaba un supuesto plan general de insurrección cuya elaboración había comenzado en agosto de 1927 a raíz de la conveni- ción del Partido Socialista Revolucionario.

Para el Ministro, era claro que las huelgas constituían la chispa que incendiaría todo el país, de manera que evitar las huelgas era el objetivo central de la Estrategia Preventiva.

Durante tres años, Rengifo estuvo convencido de que la celebración del primero de mayo sería la ocasión en la cual el socialismo revolucionario echaría a andar el plan general de insurrección. En ese orden de ideas cada mes de abril del mencionado lapso la represión policial se hacía sentir con fuerza sobre los dirigentes más destacados del Partido Socialista Revolucionario, quienes eran reducidos a prisión. Por eso cada año Ignacio Torres Giraldo, por el mes de abril, iba a parar a la cárcel.

Cada vez que se preparaba o estallaba alguna huelga, sin importar su carácter o magnitud, las alarmas se prendían en todos los estamentos de seguridad del Estado para enfrentarla como si ella fuera el comienzo del siempre temido plan insurreccional general.



Ahora se daba un curioso escenario: la fuerza represiva del Estado infiltrándolo todo para, cortando por lo sano, evitar cualquier huelga, y Raúl Eduardo Mahecha revolucionándolo todo, especialmente en la zona bananera. Es en este escenario en el que estalló una huelga, llamada a ser la madre de todas las huelgas: la de las bananeras. Según sus organizadores socialistas, esa huelga sí debía convertirse en la chispa que encendería la insurrección general en todo el país.

Para las fuerzas preventivas –y represivas– del Estado, la huelga de las bananeras era un grito insurreccional, y de ahí que recibiera tratamiento exclusivamente militar. Para el ministro Rengifo, la huelga de las bananeras no era otra cosa que una insurrección contra el Estado y, por tanto, debía ser tratada como tal.

En la eterna confrontación entre izquierda y derecha, tuvo unos hitos que en el caso de las bananeras le añadieron bilis y no juicio a lo que ocurrió en ese fatídico diciembre de 1928 en la zona bananera del Magdalena.

Los hitos, con características de verdaderos bolardos, fueron: la aparición en el escenario del general Carlos Cortés Vargas; la declaración del Estado de sitio en la zona bananera y, mediante un trastrueque semántico, haber asimilado obreros a pandillas de malhechores, bandidos o bandoleros.

Desde entonces, y hasta hoy, la historia de la violencia política colombiana ha estado marcada por el mencionado giro semántico. Según el propio interés, cada quien ofrece su propia versión semántica para interpretar el ya mencionado giro.

## DE RUSIA PERO NO CON AMOR

Hasta este momento de la historia patria, la más importante etapa de desarrollo del movimiento revolucionario en Colombia, así como de sus relaciones con el Comintern fue la huelga que los dirigentes del PSR organizaron en el departamento del Magdalena, más exactamente en los predios de la odiada United Fruit Company.

La mencionada zona bananera, desde un principio, les sirvió a los dirigentes del PSR Ignacio Torres Giraldo y María Cano junto a los líderes sindicales Raúl Mahecha y Alberto Castrillón, entre otros, como campo de experimentación para transformar en lucha política la lucha económica.

El objeto estratégico de la acción sobre la zona bananera era, como más atrás se consignó, destruir los monopolios norteamericanos en el país y derrocar al gobierno. "Pensaban establecer su control en tres departamentos desde los cuales preparar un ataque sobre Bogotá" (Jeifets, p. 22).

El alto grado de organización de los huelguistas y su disposición para usar drásticos métodos de lucha les hizo creer que ya estaba cercano el triunfo de la revolución. Pero esta creencia fue su perdición, pues al interior del radicalismo de izquierda estalló una profunda división de intereses y cada grupo aspiraba a ejercer la hegemonía y el liderazgo en el inminente proceso revolucionario buscando cada quien asegurarse el apoyo de Moscú.

Delegados comunistas ubicados en el sur del continente fueron enviados a Bogotá con el fin de ayudar a los camaradas criollos con sus consejos y experiencias. La visita de tales extranjeros coincidió con el momento máximo de la huelga bananera.

Ya desde julio, contando con la seguridad del triunfo de la revolución, se proclamó “la revolución social armada” después de la inatajable victoria. A partir de entonces, los obreros “jamás tolerarán una dictadura distinta de la que pueda ejercer el proletariado”. Con el objeto de organizar la lucha armada se fue formando el Comité Central de células o Comité Central Conspirativo.

Fue por estos momentos cuando apareció en Colombia el líder comunista norteamericano J. Nevarez con el encargo de promover y organizar los partidos comunistas, alertando sobre la necesidad de prestar “atención especial” a los acontecimientos colombianos por ser el mejor punto de concentración de la Gran Colombia.

Nevarez intervino activamente no solo en la organización de la huelga sino también, y estos era lo que más le interesaba, en las contradicciones de los diferentes

grupos de izquierda radical de este país que aspiraban a recibir el apoyo de Moscú.

El norteamericano, junto con el colombiano Alberto Castrillón, comenzó a demoler al PSR, que lideraban Tomás Uribe Márquez e Ignacio Torres Giraldo, bajo la acusación de desviacionismo, exigiendo cambiar la hasta ese momento imperante línea leninista.

Para decirlo en forma más sencilla, había comenzado el principio del fin del Partido Socialista Revolucionario, que sería sustituido por el Partido Comunista Colombiano. El PSR se mantendría con vida mientras le sirviera de pantalla al Partido Comunista. Nevarez quería rescatar del PSR a Ignacio Torres Giraldo para enviarlo a Moscú a que adquiriera “más experiencia”.

Casi al mismo tiempo que Nevarez llegó también a Colombia el líder comunista O. Rabatet, quien de inmediato comenzó a trabajar con el ahora acusado PSR. Comenzó la lucha abierta entre Nevarez y Rabatet por la supremacía del liderazgo comunista en Colombia, mientras que, por otro lado, se preparaban los acontecimientos de las bananeras.

Fueron unos sucesos dignos de manicomio: unos dirigentes iban a Moscú buscando no solo doctrina sino también dinero para hacer la revolución mientras otros acusaban a los que habían viajado. Se publicaban periódicos con las más estrafalarias posiciones ideológicas; se enviaban delegados a congresos inexistentes, aparecían líderes autodesignados. En otras palabras, había un verdadero caos.

Los comunistas criollos, por su conflicto interno, no se dieron cuenta de que detrás de la muralla roja también se había librado una lucha interna y que ahora eran otros los que mandaban en el comunismo universal.

La gota de agua que rebotó la copa fue la huelga bananera. Después de ella no hubo gobierno revolucionario alguno y, como en *Fuenteovejuna*, todos se preguntaban: “¿Quién mató la revolución?”. La respuesta fue contundente: “Todos a una”.

Resultado de toda esta pugna interna fue la transformación del PSR en el “verdadero partido comunista” colombiano. Con ello, todo quedó ahora bajo el control estricto de la dirección suprema de la III Internacional.

## LAS BANANERAS

Muy claramente el historiador de izquierda y profesor de la Universidad Nacional Medófilo Medina relata en su obra cumbre, *Historia del Partido Comunista de Colombia*, escrita antes de que cayera el Telón de Acero, la forma como se preparó la huelga bananera que derribaría al gobierno conservador e implantaría el socialismo en Colombia.

Parte Medina de la ya mencionada realización, en julio de 1928, de una Conferencia Nacional del Socialismo Revolucionario en la cual se crearon las bases organizativas de la conspiración y también se conformó un Comité Central Conspirativo, CCC. La revolución que se preparaba y cuyo contenido, según Medina, no se veía con claridad, sería el resultado de un asalto simultáneo, debidamente sincronizado, en diversas ciudades y poblaciones, a los cuarteles y centros neurálgicos del poder.

Para ejecutar el golpe, los insurrectos dividieron al país en cinco zonas, según se muestra a continuación:

- 1) Cundinamarca, Boyacá, Tolima y la entonces intendencia del Meta;
- 2) Santanderes, Casanare y Arauca, con un centro operativo en Cúcuta;
- 3) Caldas, Valle, Cauca y Nariño, con su centro operativo en Cali;
- 4) Antioquia y Chocó, con el comando en Medellín; y,
- 5) Bolívar, Atlántico, Magdalena y la Guajira, con su centro operativo en Barranquilla.

Papel muy importante en la preparación del levantamiento lo jugó la fabricación y distribución de artefactos explosivos, los cuales se producían en Bogotá en el taller de Ernesto Rico y eran distribuidos por Elvira Medina, ambos activistas muy diligentes del PSR.

Según lo dispuesto por sus organizadores, el levantamiento debía desarrollarse en coordinación con una rebelión en Venezuela contra la dictadura de Juan Vicente Gómez y la cual debería partir de la frontera colombiana.

Para la debida coordinación, Tomás Uribe Márquez, emblemática figura del PSR, designó un comité ejecutivo integrado por jóvenes sin conocimiento del movimiento sindical y con poca autoridad política como lo eran Moisés Prieto y Felipe Lleras Camargo.

Ya en mayo de 1928 sesenta y seis estudiantes suscribieron un documento de adhesión al PSR, entre quienes figuraban Luis Alberto Bravo, Francisco Socarás, Juan Francisco Mújica, Antonio Vicente Arenas, Roberto

García Peña, Darío Samper, Sabas Calderón y Diego Montaña Cuéllar, quienes desempeñarían a partir de los años inmediatamente posteriores papeles de gran importancia para la vida nacional. Anótese que en su documento de afiliación todos ellos manifestaron no tener nexos con los tradicionales partidos históricos.

La huelga, minuciosamente preparada y que derribaría al régimen imperante en Colombia, estalló, finalmente, el 12 de noviembre de 1928. Lema de combate: “Por el obrero y por Colombia”. Lugar del conflicto: Ciénaga, Magdalena.

El número de huelguistas jamás fue claro, pues ni siquiera se sabía cuantos eran los trabajadores que en la zona bananera laboraban para la United Fruit. Lo cual no fue obstáculo, para que el periódico *El Tiempo* la calificara no solo como la más grande del país sino de América del Sur (Archila, p. 151).

Ahí comenzaron las exageraciones, como lo anota el historiador Mauricio Archila. Pero la madre de todas ellas correría a cargo, muchos años después, por cuenta del escritor comunista y premio nobel de literatura, Gabriel García Márquez.

La confrontación no se hizo esperar aunque no se sabe tampoco cuántos fueron los soldados y policías que, *manu militari*, enfrentaron a los huelguistas. Lo cierto es que de inmediato el gobierno decretó el Estado de sitio en la zona y declaró a los huelguistas “pandillas de malhechores”.



Para restablecer la autoridad fue nombrado el general Carlos Cortés Vargas como jefe civil y militar de la zona con la clara misión de enfrentar a esos bandoleros, a esos bandidos. Este fue el giro semántico que cambió la historia de la violencia política de nuestro país (Rojas Guerra, p. 98).

Refiriéndose ya a los sucesos ocurridos en la plaza de Ciénaga, a partir de los días 5 y 6 de diciembre de 1928, no dudó en afirmar que lo que allí había era una verdadera “guerra de guerrillas”. Con un agravante: oficialmente Estados Unidos anunció que estaba en disposición de defender a sus connacionales amenazados en Ciénaga.

¿Cuántas víctimas dejó la confrontación armada? No se sabe. Los titulares de la prensa costeña, en primera página, dieron cuenta de 12 muertos. La cifra es repudiada por los interesados asegurando que la prensa estaba desinformada. Al primer recuento de cadáveres parece que le echaron levadura.

Como por arte de magia la cifra pasó a 50, luego a 100, más tarde a 600, posteriormente a 1.040, hasta cerrar con los 3.000 que refiere García Márquez en *Cien años de soledad*, cifra que exageró con el fin de darle mayor sonoridad literaria a su narración, según contó posteriormente en una entrevista, donde reconoció que la cantidad de fusilados si acaso llegaban a 20. Pero la rectificación no mereció despliegue alguno. El mal ya estaba hecho.

Toda la izquierda unida, esa que se considera que jamás será vencida, lanzó a los profundos infiernos al general Cortés Vargas. No era para menos: era el directo

responsable del fracaso de la insurrección que acabaría implantando el socialismo en Colombia.

Muy poco tiempo después, ya con el liberalismo en el poder, el presidente Enrique Olaya Herrera rehabilitó al odiado general y hasta la prensa liberal hizo causa común con el presidente Olaya.

Medina considera que, por suficientemente conocidos, el desarrollo de los acontecimientos de las bananeras no vale la pena relatarlos de nuevo pero, eso sí, enfoca su inquisición sobre la responsabilidad que tuvo en el desarrollo de la gran huelga.

En su *Historia del Partido Comunista de Colombia*, Medófilo Medina es categórico en calificar el desenlace de los sucesos de Ciénaga como una dura experiencia para el movimiento colombiano y, por lo tanto, para el socialismo revolucionario.

No le falta razón al historiador de izquierda: ni el pueblo se levantó, ni se cayó el gobierno, ni el ejército se sublevó, ni el socialismo se impuso en el país. Por el contrario, la huelga de las bananeras fue el golpe mortal que implicó la muerte del PSR y su reemplazo por el Partido Comunista Colombiano que durante varios años se camufló bajo el rótulo de PSR.

La pregunta de Medófilo Medina, respecto a la fracasada huelga, es contundente: ¿qué esperaba el Partido Socialista Revolucionario de la huelga de las bananeras? El propio Interrogador responde: “No hay una respuesta unívoca. El PSR atravesaba un momento de crisis”.

La estrategia de contención conservadora había logrado abortar la gran revolución pero las contradicciones al interior del gobierno se hicieron más profundas y lo que no logró la gran huelga bananera sí lo conseguiría un problema de transporte urbano en la capital.

Se presentó en Bogotá, en 1929, un conflicto similar al que hoy se conoce como “el carrusel de la contratación”. Por ineptos, el alcalde de Bogotá destituyó a dos funcionarios y, en represalia, el gobernador del departamento destituyó al alcalde.

Se desató la ira popular a favor del destituido alcalde y los estudiantes no se hicieron esperar para lanzarse a la calle. Si los manifestantes no tiran piedra, no son estudiantes. Y piedra fue lo que voló sobre las autoridades y el propio Palacio Presidencial.

El clímax de la situación fue el 8 de junio. Una bala mató al estudiante nariñense Gonzalo Bravo Páez. Lo curioso del asunto es que los dos periódicos más influyentes del Partido Liberal del momento, *El Tiempo* y *El Espectador*, hacen un relato de los hechos diametralmente opuesto. En lo único en que coincidieron fue en echarle la culpa al presidente Miguel Abadía Méndez quien, entre otras cosas, parece que era el acudiente del estudiante muerto.

Los registros periodísticos muestran que el presidente Abadía sucumbió ante la ira de los manifestantes. Tomó medidas represivas pero en contra de quienes eran sus colaboradores.

Meses más tarde el Partido Conservador perdió el poder. Con verdadero ánimo retaliativo el liberalismo

de provincia se aprestaba a cobrarse los 45 años que estuvo fuera del poder. En muchas iglesias, abarrotadas de demudados conservadores, se rezaba pidiendo que el recientemente electo Enrique Olaya Herrera se muriera.

La llamada “paz conservadora” había llegado a su fin. Ahora comenzaba la República Liberal.



## BIBLIOGRAFÍA

- Almario S., Gustavo (1984). *Historia de los trabajadores petroleros*. Bogotá: Editorial Presencia.
- Archila Neira, Mauricio y Torres Calderón, Leydi Jazmín (2009). *Bananeras: huelga y masacre. 80 años*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Archila Neira, Mauricio. "La Humanidad, el periódico obrero de los años veinte".
- Díaz Callejas, Apolinar (1989). *Diez días de poder popular*. Bogotá: Fescol - Editorial El labrador.
- González González, Fernán (2014). *Poder y violencia en Colombia*. Cinep - Programa por la Paz - Colciencias.
- Jeifets Víctor y Jeifets Lazar (2014). *La odisea roja. Varias líneas al retrato político de Jorge Vivó d'Escoto*.
- Jeifets, Lazar y Víctor (2001). *El Partido Comunista Colombiano, desde su fundación y orientación hacia la "Transformación bolchevique"*. Varios episodios de la historia de relaciones entre Moscú y el comunismo colombiano. Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura.

- Medina Medófilo (1980). *Historia del Partido Comunista Colombiano*. Bogotá: Centro de Estudios e Investigaciones Sociales, CEIS.
- Meschkat, Klaus y Rojas, José María (compiladores) (2007). *Liquidando el pasado. La izquierda colombiana en los archivos de la Unión Soviética*. Bogotá Taurus - Fescol.
- Restrepo Posada, José E. (1971). *La Iglesia en dos momentos difíciles de la Historia Patria*. Bogotá: Editorial Kelly.
- Rojas Guerra, José María (1989). *La estrategia insurreccional socialista y la Estrategia de contención del conservatismo doctrinario. La década de los años veinte*. Cali.
- Torres Giraldo, Ignacio (1972). *María Cano, mujer rebelde*. Bogotá: Publicaciones de La Rosca.
- Uribe Celis, Carlos (1985). *Los años veinte en Colombia. Ideología y cultura*. Bogotá: Ediciones Aurora.
- Urrutia Montoya, Miguel (1969). *Historia del sindicalismo en Colombia*. Bogotá: Uniandes - Revista Editorial Colombiana.

# 16

## Cuadernos del Centro de Pensamiento



Fondo de Publicaciones  
Universidad Sergio Arboleda



UNIVERSIDAD  
SERGIO ARBOLEDA

C E N T R O  
DE PENSAMIENTO

UNIVERSIDAD SERGIO ARBOLEDA

Carrera 15 No. 74-40 Tels.: (571) 325 7500 Ext. 2131 - 322 0538. Bogotá, D.C.

Calle 18 No. 14A-18 Tels.: (575) 420 3838 - 420 2651. Santa Marta

[www.usergioarboleda.edu.co](http://www.usergioarboleda.edu.co)

